

CARLOS VELÁZQUEZ  
LUIS BARRAGÁN EN LA LAGUNA

JESÚS RAMÍREZ-BERMÚDEZ  
EL LIBRO ROJO

CORMAC MCCARTHY (1933-2023)

NÚM. 406 SÁBADO 17.06.23

# El Cultural

[ Suplemento de **La Razón** ]

## TRES ESCRITORAS DEL ENSAYO AL RELATO

*Theodor Kallifatides*

"EXTRANJERO  
PARA MÍ MISMO"

MERCEDES MONMANY

SOBRE  
MI PIEL  
KARLA ZÁRATE

EL MIEDO  
A ENLOQUECER  
BIBIANA CAMACHO



Arte digital > A partir de una ilustración  
de ivannofranc / shutterstock.com > Staff > La Razón

Para este número, que celebra ocho años de existencia de **El Cultural**, tenemos el privilegio de una nueva colaboración de Mercedes Monmany, la crítica barcelonesa, conocedora impar de la literatura europea en todas sus latitudes —más allá de la zona occidental del continente. Como acostumbra, la autora indaga de manera exhaustiva en cada obra y las condiciones

en que fue escrita —terriblemente adversas a lo largo de la historia y las guerras del siglo XX a nuestros días, marcadas muchas veces por el exilio. Esta vez se concentra en un escritor griego fuera de serie, cuyos libros han circulado en nuestro país, aunque sin recibir la atención que merecen. Las poderosas razones de este aserto se explican en el siguiente ensayo.



Theodor Kallifatides

## "EXTRANJERO

# PARA MÍ MISMO"

MERCEDES MONMANY

**E**xisten las segundas vidas literarias? Aparte de las varias vidas como creador que ideó genialmente Fernando Pessoa con sus heterónimos, o las trayectorias paralelas que el irlandés John Banville se inventó para dividirse en dos, entre su espléndida serie policiaca firmada como Benjamin Black y sus famosos y deslumbrantes "ejercicios de estilo" firmados con su propio nombre, también ha habido casos extravagantes, acuciados por la necesidad del momento, en la historia real.

Lo contó el siciliano Leonardo Sciascia en una obrita maravillosa, *El teatro de la memoria*, al dar cuenta de la doble bibliografía —en portugués y en italiano— que al final de su accidentada existencia como prófugo tuvo un hombre, discreto escritor que, a la manera del *Wakefield* de Nathaniel Hawthorne, pero cruzando el Atlántico, huyó de su país, Italia, en los años veinte del pasado siglo, para reinventarse una nueva identidad, y unas nuevas obras firmadas por él, en el lejano Brasil. El caso acabaría siendo uno de los enigmas judiciales más sonados en su época, que el gran escritor que fue Sciascia, admirador de las múltiples identidades pirandellianas, retomaría en 1981.

**NADA DE OCULTO** o clandestino sería el caso del escritor griego Theodor Kallifatides (Molaoi, Peloponeso, 1938); la mayor parte de su obra está escrita en sueco, la lengua del país adonde había

emigrado en 1964. En 2019 Kallifatides, abandonando el género policiaco que lo había hecho célebre no sólo en su país, sino en muchos otros en los que iba siendo traducido, inauguraría una nueva y sorprendente trayectoria en su lengua natal, el griego. Una trayectoria que, esta vez, tendría que ver sobre todo con la memoria y sus experiencias de emigrante, dividido entre dos países o lealtades mentales.

De la mano de la editorial Galaxia Gutenberg, publicaría un bellissimo y emocionante libro, *Otra vida por vivir* (2019), que se convirtió en un inmediato éxito de ventas en su edición española. Autor reconocido en Suecia con más de cuarenta libros divididos entre ficción, ensayo y poesía, efectuaría en la etapa de su vida de plena madurez como creador y como ser humano una nueva e inusitada emigración, esta vez de regreso. Después de aquella obra (traducida del griego, como otros libros suyos, de forma ejemplar, por Selma Ancira) seguirían otras delicadas composiciones, igual de cautivadoras, con la misma intensidad y calidad poética, con la misma y estremecedora fuerza elegiaca, impregnadas siempre de un humor suyo muy característico.

Un suave humor entre melancólico y cálidamente retrospectivo, como sería el caso de *Madres e hijos* (2020), *Lo pasado no es un sueño* (2021), *Amor y morriña* (2022), *Un nuevo país al otro lado de mi ventana* (2023), libros todos ellos en los que

Foto > Galaxia Gutenberg

DIRECTORIO

**El Cultural**

[Suplemento de **La Razón**]

Twitter:  
@ElCulturalRazon

**Roberto Diego Ortega**

Director

@sanquintin\_plus

**Julia Santibáñez**

Editora

@JSantibanez00

Facebook:  
@ElCulturalLaRazon

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki  
Delia Juárez G. • Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial > Adrian Castillo Coordinador de diseño > Carlos Mora Diseño > Andrea Lanuza

Contáctenos: Conmutador: 52606001. Publicidad: 52500078. Suscripciones: 52500109. Para llamadas del interior: 018008366868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 15

eran centrales cuestiones como la memoria y la dualidad del emigrante dividido eternamente entre dos lenguas y dos patrias del alma. Dos patrias insertadas en el interior más íntimo e incommunicable, con un enorme peso cultural, social y familiar trasvasado sin cesar de un lugar a otro. Libros que, en cierto modo, darían la vuelta por completo a la idea de una identidad *única* como escritor. En su caso, esta identidad tan marcada tenía que ver con ser un autor *de género*, el políptico, con el que era conocido en numerosos países.

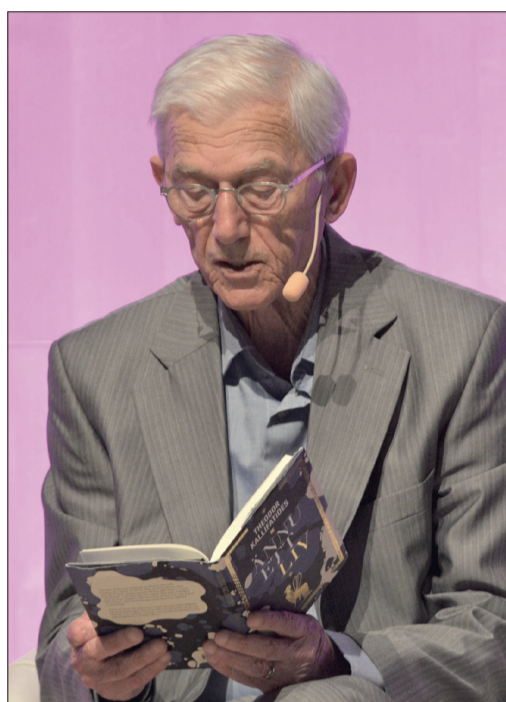
**DURANTE LOS ÚLTIMOS AÑOS**, y con sucesivos libros de un gran magnetismo expresivo en su prosa, Theodor Kallifatides se ha convertido, se puede decir, en un caso editorial insólito. Dando entrada de pleno al género memorialístico en el conjunto de su obra, género que domina como pocos en nuestros días, ha sido sin duda uno de los mejores descubrimientos literarios últimos del mercado español. A las obras antes mencionadas se unirían dos maravillosos libros, *El asedio de Troya* (2020) y *Timandra* (2022), con un tema de fondo muy amado por él: la pervivencia de los mitos clásicos, un telón de fondo que recorre, una y otra vez, de forma imprevista en ocasiones, cualquier rincón de su obra y cualquier imagen de su país de origen (“aún se encuentran las huellas de Sócrates en los cafés”, dirá).

Unas enseñanzas, y un continuo espejo en nuestros días, incluso en épocas catastróficas, de puro terror, de la historia, como sería la ocupación por los alemanes de Grecia, durante la Segunda Guerra Mundial, tema estelar en *El asedio de Troya*. Unas mitologías que cada uno tendrá que unir a las propias, construidas a lo largo de su camino. Así lo expresará en su magnífico ensayo o recopilación de escenas, encuentros y epifanías muy significativas de su pasado, *Un nuevo país al otro lado de mi ventana* (2023): “La vida del emigrante es considerada por muchos una vida equivocada, en vez de la vida auténtica. El emigrante debe ver su camino como el resultado de tres mitologías: la que heredó, la que él construyó y la que encontró en su nuevo país”.

En la historia de *Timandra*, conectando de forma fascinante su propia biografía con el mundo de la antigüedad, Kallifatides tomaría la voz de esta mujer, una de las hijas de Leda en la mitología, para conducir al lector a la Atenas de Pericles y allí narrar las atrocidades de Alcibiades, sobrino del gran Pericles, en la Guerra del Peloponeso.

Alcibiades –escribe Kallifatides– fue el inventor de la destrucción total. Destruyó la Isla de Melos por completo. Ni las mujeres ni los niños sobrevivieron. Fue el primer holocausto del mundo.

Nacido dos años antes de la Segunda Guerra Mundial, Kallifatides vivió de pequeño el horror de la ocupación alemana. Después, de 1946 a 1949, llegó una dura guerra civil en Grecia. Durante años no contó con más compañía



Theodor Kallifatides (1938).

Foto: Bengt Oberger / commons.wikimedia.org

que su abuela, en una época en la que no había nada que comer. Todas las mujeres de su pueblo se levantaban temprano y subían a las montañas para buscar raíces que fueran comestibles. Pero Theodor y sus amigos eran tan sólo unos críos y como no podían masticar algo tan duro, ellas se sentaban en un banco frente a la iglesia y masticaban las raíces para dárselas a ellos. Y así sobrevivieron él y otros muchos: por aquellas mujeres valerosas. “Gracias a ellas –dirá Kallifatides, que construye un continuo homenaje a esas mujeres tenaces, fuertes, y su papel en los peores momentos de la historia– la vida continuó”.

**MUCHOS HOMBRES NO VOLVIERON** nunca de la guerra. Y de su padre, encarcelado por los alemanes, no sabían si estaba vivo o muerto. Pero su abuela, una mujer frágil y delgada, no se dejó vencer, hizo un hatillo con una cebolla, algunas olivas y un trozo de pan, y se fue de pueblo en pueblo buscando a su yerno, sin saber en qué prisión estaba. Tardó un mes en encontrarlo y al llegar no querían que lo viera. Sin embargo, se plantó allí, inmovible, hasta que se lo permitieron. Al regresar a casa le dijo simplemente a la joven madre de Kallifatides: “Hija, no te preocupes, tu marido está vivo”.

¿Qué tipo de fidelidades, de nostalgias o ataduras, a la manera de una herida supurante, sin consuelo, como punto de partida con la que se emprendió la marcha, guarda para sí el emigrante, como fue el caso de Kallifatides, cuando echa la vista atrás?

Necesité más de cuarenta años –dirá en *Un nuevo país al otro*

*lado de mi ventana*– para descubrir que muy en el fondo de mi alma ya existían los senderos y los caminos que seguiría a lo largo de toda mi vida. Eso es lo que significa pertenecer a una tradición.

Unas cuestiones que se plantearían, de forma mucho más neta, casi violentamente expuestas, en una fase especial de su vida, en una avanzada madurez, en que tras una larga carrera como escritor en lengua sueca, volvería al griego para escribir su obra más personal, más íntima, sus confesiones o meditaciones sensibles y sinceras, sin ningún tipo de autoengaño, al enfrentarse a un mundo cambiante. Un mundo muchas veces de gran injusticia y regresión social, que lo invitaba a volver a sus raíces, con más añoranza y apasionamiento que nunca.

**CONFRONTANDO SIN CESAR** a su familia griega abandonada un día, a su querida madre (centro de su bella obra *Madres e hijos*) con sus hijos suecos, nacidos en “tierra extranjera”, todo ello, de forma magnífica, conforma a fin de cuentas su identidad múltiple. Una identidad mixta, especial, respetuosa con cada parte que, como dice, hay que mantener de ese modo, intacta, evitando huir de ella o diluirla de forma traumática. “Mi cerebro –dirá– es de confección griega, lo que aprende lo aprende de sus códigos griegos. Eso significa que yo podría hacer o volverme miles de cosas, salvo una: dejar de ser griego”. Al contrario que muchos amigos y colectivos de emigrantes, defenderá educar a sus hijos como lo que son y como el mundo que conocieron nada más nacer en Estocolmo:

Sus cerebros son de confección sueca. La lengua que oían a su alrededor era la sueca. Yo soy griego, mis hijos son suecos. Nunca traté de que fueran algo distinto. Lo que sí podía hacer era darles mi Grecia. Les leía la *Iliada* y la *Odisea*, que para ellos eran como las historias que les contaba de la Salchicha Voladora. Se las di como un regalo, no como una condena.

A los que le reprochaban ese modo de actuar les recordaba que no se puede vivir permanentemente como un griego en Suecia (“si lo intentas, vivirás al margen, pero puedes conservar a Grecia dentro de ti”).

Aceptando, como muchos de los que se fueron, que no volverá a Grecia para vivir, salvo esporádicamente, en vacaciones, habiéndose vuelto de alguna manera *extranjero* sin quererlo, en cualquier lugar, la lengua, su amada lengua nativa, será el último bastión

“¿QUÉ TIPO DE FIDELIDADES,  
A LA MANERA DE UNA HERIDA SUPURANTE,  
COMO PUNTO DE PARTIDA CON LA QUE SE  
EMPRENDIÓ LA MARCHA, GUARDA  
EL EMIGRANTE CUANDO ECHA LA VISTA ATRÁS?”



que lo ate claramente a su identidad más profunda. Pero no sólo eso: con el tiempo, también llevará –y pronunciará– con orgullo su humilde lugar de nacimiento. Nacido en un pequeño pueblo, Moloai, hijo de un maestro de izquierdas perseguido por la dictadura, más tarde se trasladó toda la familia a Atenas. Pero allí, con sus compañeros, siempre tenía vergüenza de decir su lugar de procedencia y afirmaba que era de Esparta, “lo que imponía cierto respeto”. Décadas después –como contará en su maravilloso vademécum de la identidad y de los conflictos entre mitologías variadas y superpuestas, *Un nuevo país al otro lado de mi ventana*– en Suecia se dio cuenta de “cuánto me gustaba decir que había nacido en Moloai”.

Millones de personas, de emigrantes, de refugiados, de gente que por una razón u otra se ve obligada a dejar su tierra y buscarse la vida en lugares ajenos, “viven en un desconcierto existencial, incapaces de orientarse tras haber perdido la brújula del yo”. Personas que no sólo se decepcionaron y perdieron una cierta idea de la Tierra Prometida, sino que también perdieron la Tierra de la que partieron, convirtiéndose en lo más temible, según Kallifatides, para el emigrante: volverse extranjero para uno mismo. Perderse, no reconocerse en ninguna imagen, huir encarnizadamente de una condición de *extranjero* que les repugna y rechazan. Algo en lo que no sería difícil caer, bien de forma permanente, o en las épocas más oscuras y desafortunadas. “La cruzada para dejar de ser extranjero –dirá– me hizo más extranjero todavía. Te conviertes en lo que combates”.

**A LOS SESENTA Y NUEVE AÑOS**, Kallifatides, exiliado en Suecia desde hacía décadas, visitó a su madre, entonces de 93, una figura y eje indispensable en su vida y en su literatura, que lo ataba para siempre, de forma real y a la vez simbólica, a su patria abandonada de muy joven. Así lo contará su emocionante obra *Madres e hijos*, un homenaje nostálgico y a la vez doloroso, como sería también el bellissimo volumen de Albert Cohen, *El libro de mi madre*, no sólo a la familia de la que provenía sino a una cultura y a una tierra que nunca habían conseguido despegarse de él:

Me educé en el amor a Grecia –dirá– y eso, en esencia, significa que me habían enseñado a amar y a respetar a sus gobernantes: al rey, que en ese entonces todavía existía, y a la Iglesia. Pero me rebelé contra ambos y finalmente me fui de mi país. Ahora iba a ver

“EL EMIGRADO ARRASTRA UNA ESPECIE DE OSCURA CULPA. UNA CULPA POR LA QUE SIN CESAR, TANTO EN LA TIERRA UN DÍA ABANDONADA COMO EN EL LUGAR DE ACOGIDA, SE TENDRÁ QUE EXPLICAR”.

a los dos que aún vivían, a mi madre y a mi hermano. Son muy distintos entre ellos. Mi hermano es un Griego con mayúsculas. Crédulo, insaciable cuando se trata de diversión, opositor eterno de todos y de todos. En cambio, mi madre es mi patria. Siempre dije que cuando la perdiera, perdería mi patria.

Ese hermano pasional e insaciable, devorador de la vida y la agitación cotidiana de la vida, aparecería en una escena descarnada y terrible de *Lo pasado no es un sueño*. Él también se hallaba enclavado hondamente en las firmes enseñanzas de su estirpe que los remitían a todos ellos, desde lo más profundo del alma, a una idea insobornable de la ética, a una integridad y unos deberes incuestionables, allá donde se hallaran.

**A PUNTO DE FINALIZAR** la guerra civil griega, en 1949, con los guerrilleros que luchaban contra el gobierno anticomunista huyendo en desbandada, la patrulla del Ejército a la que pertenecía el hermano de Theodor consiguió arrestar a dos jóvenes guerrilleras “agotadas, hambrientas, ateridas de frío y aterradas”. Tras ser interrogadas brutalmente y sin nada que decir, el capitán que mandaba sobre la tropa les dio la orden a sus hombres “de hacer con ellas lo que quisieran”. Las violaron de todas las maneras posibles, entre gritos de ánimo de todos los que observaban. Sólo uno se negó a participar en la orgía: el hermano de Theodor Kallifatides.

Por ese *delito* lo hicieron pasar posteriormente dos veces por un tribunal militar y dos veces lo condenaron a muerte. “¿Cómo tuviste el valor de negarte? –le preguntaría más tarde Theodor–, sólo tenías diecinueve años”. A lo que su hermano le contestó simplemente: “¿Qué hubiera dicho papá?”. Los dos lo sabían perfectamente: su padre hubiera contestado lo que siempre mantuvo ante ellos: “Quien prefiere su pellejo a su calidad humana, no es una persona”. Un padre de moral intachable que, antes de morir, les dejaría a los suyos –como aparece en *Madres e hijos*– el recuento escrito de lo que había sido

su existencia, desde sus orígenes como exiliado griego, nacido en Trebisonda, en Turquía, de donde fue expulsado, pasando por sus meses en una prisión de los nazis y su pasión por el oficio de enseñar, de ser maestro.

Antes de irse Theodor por última vez a Estocolmo, dejando a su madre en la cama, y sabiendo que posiblemente ése será uno de sus últimos encuentros, le pregunta de repente: “¿Cómo debo vivir mi vida, mamá?”. La respuesta es inmediata: “Como tu alma aguante”. En su viaje de regreso, Kallifatides no dejará de darle vueltas a esta expresión. ¿Por qué no le había dicho “como tu alma quiera”? Y enseguida lo compara con lo que su padre le decía sin cesar en las cartas de su primer año en el extranjero: “No olvides quién eres”. Ambas frases, afirmará el escritor, con cuarenta y cinco años de diferencia, se completaban y se convirtieron para siempre en lo que sería la “ética” del resto de su vida: “No tenía otra”, dirá.

**THEODOR KALLIFATIDES APUNTA** que el emigrado arrastra siempre una especie de oscura culpa. Una culpa por la que sin cesar, a lo largo de toda su vida, tanto en la tierra un día abandonada como en el lugar de acogida, se tendrá que explicar. Una pregunta siempre sobrevuela “en cada entrevista que concede”, como afirma en *Otra vida por vivir*, su bellissimo libro de memorias o reflexión tardía, cuando algunos le dicen que “después de los setenta y cinco años ya no debería escribirse”. La pregunta invariable es: “¿Se arrepiente de haberse ido?”. Por el tono en el que es enunciada, dice Kallifatides, “siempre sentía que tanto a griegos como extranjeros les habría gustado saber que estaba arrepentido; oírme confesar, por fin, que había vivido una vida equivocada”.

El precio de vivir durante décadas en un país extranjero, de hablar y escribir en otra lengua, de adoptar nuevas costumbres, de fundar una familia lejos del lugar donde se nació, continúa el autor, es que “no sólo vives una vida distinta de la que dejaste atrás: la vida en el extranjero te vuelve extraño”. Para romper el hechizo, o la fatalidad que obliga a elegir entre una de las dos culturas, para volver a ser



Fuente > kicifotograf.se



simplemente “un ser humano entre seres humanos”, sin más calificativos, por encima de lenguas y diferencias, Kallifatides escribiría este cautivador pequeño ensayo o confesiones, de una emocionante y subyugante autenticidad, que logra conmover desde lo más profundo, como un pequeño clásico inmortal, más allá de épocas y pormenores geográficos.

Muy conocido en Suecia, sobre todo por una serie policiaca que tiene como protagonista a una comisaria llamada Kristina Vendel, Kallifatides, en un momento de su vida en que confiesa estar ante un bloqueo como creador de ficciones, cuando su país de acogida, en el que ha desarrollado con gran éxito toda su carrera, se enfrenta a “dramáticos cambios que se suceden a una gran celeridad”, se reencuentra con el pasado. Viaja a su pueblo natal donde una escuela llevará su nombre y, como “agradecimiento tardío”, escribe *Otra vida por vivir*. Sería su primer libro escrito directamente en griego después de cincuenta años: “Volví al griego, la única patria que todavía me queda y la única que no me heriría”. Atrás quedaba toda una vida de “ave migratoria que había perdido su bandada, pero no la dirección”. Ésa que le llevaba a hacer el camino de regreso.

**TODOS HABÍAN CAMBIADO**, el mundo volvía a ponerse en marcha de nuevo, en ocasiones, con una gran violencia: “Mi padre había sido un refugiado, y yo un emigrante [...] Pero la nueva realidad me ofendía personalmente”. Como tantas veces en el pasado, Grecia atravesaba por momentos críticos:

La ocupación alemana, la guerra civil, la dictadura, la emigración masiva. Estas experiencias habían moldeado a mi generación. Pero nada se podía comparar con el empobrecimiento moral de los últimos años. Grecia era ninguneada cotidianamente.

El orgullo como griego, ahora vilipendiado por todos, le hace solidarizarse con los suyos, en un mundo que ya no reconoce, donde “todo se compra y todo se vende”. Después de cincuenta años, cuando comenzó la crisis de la deuda y de los refugiados, “me volví griego de nuevo”. Tiene que contemplar de nuevo, en los periódicos extranjeros, “caricaturas y dibujos del mismo tipo de racismo de los que había publicado Goebbels en tiempos de la Ocupación”. Europa entera los vilipendia (“éramos haraganes, ladrones, pensionistas de nacimiento”). Un día verá una caricatura política, sumamente ofensiva, en un periódico holandés. En ella aparecía un griego gordo en pijama, con una mueca soez en el rostro. Con una mano pedía limosna y con la otra “hacía una higa”.<sup>1</sup>

Pero todos han cambiado en los últimos años, en un universo escasamente solidario, y sobre todo en una Suecia que ya no es “el país de justicia social y solidaridad” adonde emigró en su juventud, buscando mejores oportunidades y huyendo de situaciones políticas catastróficas. Si en su viaje a Atenas ve mendigos por todos lados y “muchachos jóvenes arrodillados como si estuvieran rezando”, en Estocolmo la pobreza también se había extendido en los últimos años. Mendigos en las calles y gente sin techo, “al tiempo que desconocidos prendían fuego a los campamentos de refugiados, mientras el partido más reaccionario subía a cada sondeo”.

Emigrado a Suecia en los años sesenta, una época de gran inestabilidad económica y política en Grecia, que coincidió con la nefasta dictadura de los coroneles en ese país, su otra y espléndida novela plenamente autobiográfica, *Lo pasado no es un sueño*, arranca en 1946, recién acabada la Segunda Guerra Mundial. Los alemanes han perdido la guerra y han abandonado el pequeño pueblo de Theodor. Sin embargo, nada más irse ellos,

“TODOS HAN CAMBIADO EN LOS ÚLTIMOS AÑOS,  
EN UN UNIVERSO ESCASAMENTE SOLIDARIO,  
Y SOBRE TODO EN UNA SUECIA QUE YA  
NO ES ‘EL PAÍS DE JUSTICIA SOCIAL  
Y SOLIDARIDAD’ ADONDE EMIGRÓ EN SU JUVENTUD”.

organizaciones de ultraderecha, en ocasiones colaboradoras de los invasores hasta hace poco, empeñadas en eliminar a todo aquel que sea o pueda volverse comunista, siembran el terror.

En el otro lado, las organizaciones de izquierda están decididas a cobrar-se la sangre derramada. Muy pronto, gran parte de estas poblaciones de las pequeñas aldeas huirá de la Guerra Civil en curso. El primero en irse será el padre de Theodor, quien es llamado *El Rojillo* en su escuela por los hijos de los monárquicos. Un padre, acusado de ser de izquierdas que, pasado el tiempo, servirá siempre de guía moral y de imagen de rectitud en todas las decisiones que tomen sus tres hijos.

**POCO DESPUÉS** toda la familia se reúne en Atenas. Ahí comienzan unas memorias maravillosas, conmovedoras, llenas de humor, de piedad por los más débiles –incluso mucho más débiles y pobres que ellos mismos–, de pasión por el teatro y la poesía en los años de formación del joven Theodor. También germinarán sus primeras lecturas, sus grandes amigos, la admiración por heroicos y entregados maestros que luchan como todos ellos por la sobrevivencia en una dura y vengativa posguerra, así como sus más apasionados y desgarradores amores de adolescencia. En su escuela y en su barrio, a todos les une una admiración sin límites por las hazañas deportivas. Cualquier momento será bueno para improvisar partidos de fútbol jugados con los numerosos grupos de niños huérfanos que corretean como pajarillos por las calles, dedicados a la mendicidad, durmiendo a la intemperie, descalzos, sucios, cubiertos de andrajos, con lo que –como dice Kallifatides– “costaba distinguir si eran niños o niñas”.

Pero un día, pasado el servicio militar, tras el asesinato simbólico del legendario opositor Lambrakis en 1963, con un país gobernado por facciones ultras anónimas y secretas (lo que en el futuro será Amanecer Dorado) y, sobre todo, con nuevas e imparables oleadas de emigración, su padre, ese hombre esencialmente bueno y justo, que había envejecido “atrincherado detrás de su periódico y su café”, le dirá a Theodor algo doloroso e insoportable para todos ellos: “Vete, hijo, no hay nada para ti aquí”.

Y el joven Kallifatides lo hará. En 1964 se irá a Suecia, “al otro extremo del mundo”, como dirá con humor triste su madre. Llevará con él una humilde maleta medio vacía, habitada simbólicamente por dos libros que le acompañarán para siempre: por un lado, las obras completas de Kavafis, noventa poemas en total, “cada uno de ellos un universo”; y por otro lado un poemario de Seferis que, como dirá Kallifatides, contiene “el verso que se convirtió en su emblema y en el resumen de su experiencia”: “Dondequiera que viaje, Grecia me hiere”. ■

NOTA

<sup>1</sup>Gesto manual ofensivo que, de acuerdo con la RAE, “consiste en cerrar el puño mostrando el dedo pulgar entre el índice y el corazón, señalando a quien se quiere zaherir”. (N. del E.).

Doctora en letras modernas y psicoanalista en funciones, Karla Zárate —quien publica en este suplemento la columna quincenal Ojos de perra azul— es también una narradora mexicana del cuerpo y los sentidos. Su prosa inquietante, o bien provocadora, consta en las novelas Rímel (2013) y Llegada la hora (2019). Este verano, la editorial Gato Blanco lanzará en su colección *Undertango* el libro de relatos breves [De] Mi piel y otros cuentos. De ahí proviene la pieza que publicamos, con el sello inconfundible de la casa.

# SOBRE MI PIEL

KARLA ZÁRATE

@espia\_rusa

Hubiera preferido quedarme en la cama, como todas las mañanas. Después de abrir los ojos, disfruto estar recostada un rato más. Durante esos minutos es cuando recuerdo los sueños, que después de anotarlos en mi libreta, olvido. Reviso las noticias en el celular, el mundo vertiginoso en movimiento frente a mi letargo. Planeo mentalmente las actividades del día, que son casi siempre las mismas. Me pongo de pie, abro las cortinas. Preparo un café y lo tomo frente a la ventana mientras imagino cómo sería ser un árbol, una flor, una nube que lo observa todo desde arriba. Me meto a bañar, ahora soy agua. Así es la rutina. Esta vez, hoy que es domingo, no fue así.

Él amaneció a mi lado.

Mi cuerpo es un pliegue más sobre las sábanas. Desnudo. Expuesto. Menos mío, más suyo, un pedazo de carne, un enredo de músculos, nervios desmadejados.

ERAN LAS SIETE CUARENTA y apenas salía el sol. Por las cortinas entraba polvo y un rayo de luz. Efecto Tyndall sobre nosotros, hermoso, como un encanto de hadas.

Él también estaba ya despierto. No supe qué decirle, un *buenos días* me parecía fuera de lugar, poco genuino. No pronuncié nada. Él tampoco. Estábamos recostados de lado, frente a frente. Recorrió mi mejilla con el índice, después la nariz, párpados, barbilla, como si quisiera memorizar mis rasgos por primera y última vez. Yo hice lo mismo. Sentí la barba recién crecida, áspera, los labios gruesos. Metí el dedo a su boca, lo pasé por sus dientes delineados, jugué con su lengua, me hubiera gustado llegar hasta la campanilla y tocarla, luego pasar por la garganta y llegar hasta sus entrañas, para conocerlo mejor. Permanecemos en silencio, mirándonos. Una lámpara sobre nosotros estaba encendida, el resto del lugar en penumbras. Quise saber su edad.

—Adivina —susurró adormilado.



Era alto y musculoso, moreno, tenía el cuerpo de alguien que hizo ejercicio en el pasado, lo intuí por las piernas y los brazos fuertes. El pelo era oscuro, hebras blancas comenzaban a asomarse por encima de las orejas y, aunque abundante, las entradas en la frente se empezaban a notar. Alrededor de los ojos tenía arrugas, surcos que al gesticular se marcaban más. Por todo eso supe que rozaba los cincuenta. La mirada siempre delata los años transcurridos.

—A mí no me hagas la misma pregunta.

—Tienes quince, veintidós, cuarenta y siete. Tienes todas las edades al mismo tiempo —respondió.

—Tampoco te diré cómo me llamo —murmuré mientras me colocaba boca arriba y me estiraba.

—Tienes cara de... Ana, Mónica, Lucero, Yuri, Cleopatra.

—Nunca vas a saber mi nombre —le dije sonriendo.

—¿Apostamos?

—No.

—Entonces dime —insistió.

—No. Y yo tampoco quiero saber el tuyo.

ENTRE RISAS ACERCÓ SU CARA a la mía y comenzó a besarme. Su aliento me

embriagó. El sol insistía en colarse a la recámara. Alcancé a escuchar el canto de los pájaros y uno que otro coche pasar cerca de ahí. ¿Qué hora sería ahora? No importaba. Tampoco me interesaban las noticias. En esos momentos, el mundo de afuera me tenía sin cuidado, me daba igual si un meteorito había caído otra vez en Yucatán o si las ballenas estaban atacando los barcos pesqueros en la costa ibérica. Me coloqué encima de él.

—Quiero estar dentro de ti —musitó.

—¿Otra vez?

—Sí.

—Yo lo que quiero es meterme en tu piel contigo —contesté.

Me tomó de la cintura, giramos, ahora él estaba arriba de mí. Yo, inmóvil, bajo su peso. Abrí un poco las piernas, le permití entrar. Lo sentí rígido y tibio, buscando refugio hasta el fondo mientras movía sus caderas, ensartándose más, con rápidas embestidas. Sentí en mi interior varias punzadas, intensas, ambos gemimos y culminamos con un grito.

Me besó el cuello, me mordió un hombro, yo busqué su boca hasta encontrar la humedad en sus labios, tan mojados como los míos. Los recorrí con la lengua, dejé mi saliva y sabor plasmados en ellos.

Volvió a dormirse, como un león exhausto recién apareado. Respiraba profundamente, sudaba un poco por el pecho y las sienas, roncaba de cuando en cuando. *Rapid Eye Movement*. Podría jurar que estaba teniendo una pesadilla, tal vez de monstruos alados, animales salvajes en el bosque, ovnis.

Lo observé con la cautela que merecen las personas dormidas.

LO CONOCÍ LA TARDE ANTERIOR. Estaba sentado en una mesa contigua a la mía, en un restaurante francés al que nunca había ido. Era un lugar pequeño, con apenas diez o doce mesas. Era sábado, yo estaba caminando por las calles al lado de un bazar que había visitado antes, durante la mañana. Me

“JUGUÉ CON SU LENGUA,  
ME HUBIERA GUSTADO LLEGAR  
HASTA LA CAMPANILLA,  
LUEGO PASAR POR LA GARGANTA  
Y LLEGAR HASTA SUS ENTRAÑAS”.

detuve a leer el menú, la poca pretensión de los platos y los precios razonables me convencieron a entrar.

Edith Piaf sonaba desde las bocinas, *je ne vais pas travailler*. Las sillas eran blancas, los manteles largos, del mismo color, con lirios azules y rojos bordados en los extremos. Al centro de las mesas había velas y una ridícula y pequeña Torre Eiffel sobre un montón de servilletas blancas de papel. En el techo, tiras de foquitos iluminaban el espacio y daban la sensación de estar en otra ciudad.

El hombre que estaba cerca de mí pidió un café negro; yo, que tenía hambre, como siempre, había ordenado un *poulet frite avec pommes du terre*. Guapo, anteojos redondos, de aro chico color carey, chamarra de cuero negro y pantalones de mezclilla. Botas grises sin lustrar. Leía un libro con una figura abstracta en la portada, de un humano o un pájaro, no recuerdo el título. Cruzábamos miradas por unos segundos, él volvía a la lectura y yo al plato. Cuando no me veía, yo aprovechaba para observar sus movimientos. Con una mano sostenía el libro, con la otra la taza que no soltaba, las piernas cruzadas se salían de la mesa, movía el pie derecho constantemente, hacia un lado y hacia otro. El camarero trajo el vaso de vino tinto que había ordenado. Di unos tragos y me dispuse a empezar el ritual.

Con el cuchillo filoso dividí al ave frita en dos mitades; delantera y trasera. Separé la pechuga, los muslos y los contramuslos. El hombre estaba atento a lo que yo hacía. Las alas las coloqué aparte. Corté con precisión la carne, suave, jugosa y bien cocida; vertí salsa de tomate. Clavé el tenedor en un trozo, me lo llevé a la boca y lo mastiqué lentamente. Dejé a propósito un poco de salsa roja en mis comisuras. Volví a pinchar un pedazo y me dirigí a él.

—¿Quieres?

Se levantó, se acercó y se lo di en la boca.

**DURANTE EL TRAYECTO** hacia el hotel, a pocas cuadras de ahí, no hablamos casi, no nos preguntamos el nombre ni la edad, como normalmente hacen las personas en un primer encuentro. Tampoco gustos o preferencias. Yo le hubiera dicho que la comida del lugar me pareció asquerosa, pero que el vino no estuvo tan mal. Hubiera querido saber qué hacía ahí, por qué sólo tomó café. Se había hecho de noche y soplaba un helado vendaval. Cuando vio que temblaba de frío, me colocó su pesada chamarra sobre la espalda.

La habitación era amplia, agradable, paredes pintadas de gris y un sillón tantra rojo. Un jacuzzi vacío al fondo. Me asomé por la ventana que daba hacia la calle. Había pocos coches y ningún peatón, la banqueta cubierta de hojas secas. El viento seguía soplando. Bajé las cortinas y dejé una sola luz prendida que bastaba para mirarnos.

“CRUZÁBAMOS MIRADAS, ÉL VOLVÍA A LA LECTURA Y YO AL PLATO. CUANDO NO ME VEÍA, YO APROVECHABA PARA OBSERVAR SUS MOVIMIENTOS”.

Por instinto o por deseo nos fuimos quitando la ropa. Al deshacerse de la última prenda su pene ya estaba erguido y yo comenzaba a mojarle. Lo miré de arriba abajo, examiné la inmensa presa, una que parecía estudiarme también, analizarme. ¿Qué estaría pensando sobre mí? ¿Se estaría fijando en mis caderas, en mis pechos redondos, mi poca cintura? ¿Le gustará mi nariz? ¿Cómo vieron sus ojos viendo los míos? Eran, por cierto, del mismo color.

Me cargó sin el mínimo esfuerzo hasta la cama. Me acerqué a su pecho y me recargué sobre él: creí escuchar una arritmia.

De adolescente se me aceleraba el corazón por las noches. Recostada, a oscuras, percibía que iba más rápido de lo común, tanto que no me dejaba dormir. Lo escuchaba, pum, pum, pum, sentía cómo presionaba, punzaba, quería salir de mi cuerpo a como diera lugar, abriría mi piel para ser expulsado con violencia. Yo sería una joven sin corazón y no tendría sentimientos. Lograba ignorarlo después de un tiempo, al día siguiente funcionaba normal, hasta que volvía a oscurecer y se apresuraba, como si tuviera prisa de vivir o de morir. Algo mal tenía, una enfermedad extraña, incurable, y estaba segura de que ésa sería la razón de mi muerte. Un día amanecería en mi cama, inerte, y el resultado de la autopsia diría que fallecí por culpa de un corazón acelerado. En mis desvelos imaginaba que lo extraña con las uñas, lo arrancaba para examinarlo, así podría encontrar de una vez por todas el síntoma letal. Al sostenerlo entre las manos palpaba aun más rápido, exhalaba por las cuatro cavidades, murmuraba en otro idioma algo que parecían reclamos hacia mí por no cuidarlo, tratarlo mal. Al hablar, mi corazón escupía sangre por la aorta y las arterias. Ante la angustia, le pedí a mi madre que me llevara al doctor. En el consultorio, el frío

estetoscopio se posó sobre mi saliente seno izquierdo. “Todo está bien”, dijo el médico, y aunque yo insistía en lo contrario, me aseguró que no corría peligro. No le creí, y sigo dudando sobre el diagnóstico.

Sigo escuchándolo a veces, por las noches. Pensé que este hombre padecía de lo mismo que yo. Los dañados o enfermos siempre se atraen.

Lo abracé, nos besamos. Su sabor era dulce, dulcísimo.

Me tendió de espaldas, colocó sus manos sobre mis hombros, sentí su peso sobre mí. Lentamente me fue penetrando, abriendo mis húmedas paredes, deslizándose, llenándome por completo, hasta el fondo, yo me arqueaba, me estremecía, todo él se arremetía contra mí. No dejamos de mirarnos a los ojos. Se vino, me vine, una vez, tres veces. Explotamos en fluidos. Él aulló al terminar, se fue saliendo, despacio, sentí el vacío. Se tendió a mi lado. Seguimos sin hablar y no hacía falta. El silencio nos compenetraba.

**HUBO PLACER, MUCHO PLACER**, pero a mí no me fue suficiente. Soy voraz. Quería más de este encuentro casual, único. Irrepetible. Deseaba hacerlo mío, poseerlo, ser su dueña, y no en partes, sino completamente.

Conservarlo, tenerlo siempre adherido.

Dormimos toda la noche. Al despertar, me levanté al baño. En una canasta había un jabón, una gorra para cubrir el pelo, un calzador, un costurero, un condón. Sobre el lavabo, un espejo redondo. A través del reflejo lo contemplé: enorme, desnudo, boca arriba, formando una cruz. Párpados cerrados, su sexo en letargo.

Indefenso.

Remover los casi dos metros cuadrados del tejido cutáneo no fue fácil. Con el cuchillo que me robé del restaurante, el del pollo, hice un corte sobre los hombros, un escotado cuello en v. Después, una ligera incisión alrededor de los gruesos tobillos. Jalé lentamente el tegumento desde abajo, para poder sacarlo entero. Él no se inmutaba, incluso noté que sonreía entre sueños. Seguí tirando una y otra vez, con cuidado, hasta dejar el pellejo intacto. Prendí las luces, extendí la epidermis al lado del cuerpo desollado, la planché con mis manos, sin dejar arrugas.

Metí su piel sobre mi piel, me fui ajustando a la envoltura del otro, estirándola hacia arriba. Introduje los brazos, primero el izquierdo, luego el derecho hasta llegar a las manos, que como guantes me puse. Me quedé grande. Tomé el costurero. Cosí sobantes, uní bordes, zurcí dobladillos. Calzó a la medida.

Salí del cuarto, enfundada en su piel. Algo de su respiración la impregnaba aún. Todavía percibía el calor, las vibraciones, el remanente del palpito de su vida. Caminé por las calles. Una ventisca anunció una tormenta. Cayó una lluvia helada. No sentí frío: iba protegida por él. ■



Ilustración > Jaime Gutiérrez > Fuente > [De] Mi piel y otros cuentos

“En su época, una melancólica significaba una poseída por el demonio”, escribe Alejandra Pizarnik en *La condesa sangrienta*. En la historia ha sido fecunda la ecuación mujer no convencional = endemoniada o, simplemente, loca. Bibiana Camacho recuerda casos de escritoras notables —la propia Pizarnik, Alda Merini, Charlotte Mew, Janet Frame, Sylvia Plath—, fustigadas a partir de diagnósticos acaso dudosos. ¿Padecieron problemas mentales o se les castigó por no ajustarse a lo que esperaba de ellas la sociedad patriarcal?

## EL MIEDO

# A ENLOQUECER

BIBIANA CAMACHO

@bibianacama

Una de las estrategias más utilizadas para controlar a la sociedad y sobre todo a los niños es, sin duda, el miedo.

“Te voy a regalar con el señor del costal” era una constante en mi infancia. Por si fuera poco, los cuentos clásicos infantiles, las historias de espantos y el imaginario propio contribuyeron a una sólida personalidad miedosa.

*El Chamuco* acompañó mi infancia algunos años pero, pese a los primeros intentos de los adultos, no logró convertirse en una amenaza; al contrario, mis vecinos y yo le teníamos cariño. Aunque su familia vivía a dos calles, únicamente le permitían dormir en casa; durante el día lo sacaban a la calle, como animalito, a que se hiciera cargo de sí mismo. Una vecina caritativa de nuestra calle le ponía por la ventana, a las dos de la tarde, un plato de comida, tortillas y un vaso de agua. *El Chamuco* o *El Loco*, como también lo apodaban, venía muy puntual a recibir lo que, sospecho, era su único alimento del día.

Resultaba evidente que tenía un problema mental que se había agravado con *activo*, a fin de paliar la soledad y el abandono. Los papás de los niños que salíamos a jugar insistían en su locura y peligrosidad; nos instaban a alejarnos de él. Sólo que *El Chamuco* en su extravío era generoso y divertido. A menudo jugaba con nosotros a las escondidillas, las *tráis, stop, avión, hoyitos*. Corría de manera torpe y desarticulada y tenía atributos de contorsionista, su elástico cuerpo joven cabía en casi cualquier lado. Además aullaba como lobo cuando el juego terminaba o entendía que él nos había vencido. A veces le cooperábamos de nuestro domingo para su *activo*; no pocas veces nos regalaba dulces cuya procedencia desconocíamos. Era *El Loco* de la cuadra, *El Chamuco*, y los niños lo amábamos.

Había otra loca, cuerdas más adelante. Una mujer de edad indefinible, correosa y de cabello gris. Vivía en una casucha de láminas rodeada de una frágil barda, que el viento tiraba con frecuencia. Entonces salía enfurecida con una escoba a ahuyentar



Alda Merini (1931-2009).

“DESDE NIÑA TUVE DEBILIDAD POR LOS RAROS, A PESAR DE LA EXHORTACIÓN DE LOS ADULTOS PARA QUE ME RODEARA DE GENTE SANA”.

a los demonios que pretendían tirar su endeble vivienda. A veces la veíamos caminar presurosa con su bolsa del mandado, hablando sola y dando manotazos. A ella no nos acercábamos, nos daba miedo.

Salomé, una de mis mejores amigas de la primaria, era objeto frecuente de burlas e insultos por su gordura, poca higiene y comportamiento errático. Me encantaba hacer travesuras con ella, pero procuraba ser muy cuidadosa porque pasaba con facilidad de la carajada histérica al llanto doloroso. Me temo que a nadie se le ocurrió que sus arranques no se debían a un desequilibrio infantil, sino quizá a algo oscuro, cotidiano, familiar.

DESDE NIÑA SENTÍ DEBILIDAD por los raros, locos, diferentes, a pesar de la exhortación por parte de los adultos para que me rodeara de gente sana y además civilizada. Este interés se ha

mantenido y extendido. Así he descubierto escritoras de exquisita calidad literaria que estuvieron encerradas en instituciones mentales, fueron medicadas contra su voluntad y, en algunos casos, se suicidaron. He procurado encontrar respuestas en sus libros, me he empeñado en leer entre líneas sus obras para dar con el hilo delgadísimo que zurció aquella supuesta locura. Y la verdad es que he salido de sus mundos colmada de más y más preguntas, que me trasladan a otras escritoras encasilladas en adjetivos estrechos como *depresivas, melancólicas, locas, esquizofrénicas, paranoides*.

La poeta italiana Alda Merini (1931-2009), quien estuvo internada en un psiquiátrico durante aproximadamente diez años, afirmaba que la locura da miedo. No sólo la de los otros; sobre todo la propia. Pero también asusta cómo actúa la sociedad ante personas que no se ajustan a los modos de vida convencionales, que no logran adaptarse a las dinámicas sociales ni buscan hacerlo. Leonora Carrington (1917-2011) fue internada en la terrible clínica española Villa Covadonga, dirigida por el doctor Mariano Morales. Era un sitio elegante, donde la gente de dinero depositaba con discreción a los parientes que eran motivo de vergüenza. Por si fuera poco, el doctor y su hijo realizaban experimentos terribles con los internos. Fue la propia familia de Carrington la que, tras la continua desobediencia de la artista y mostrar signos de desorientación, decidió internarla. No tomaron en cuenta que la pintora y escritora acababa de realizar un viaje traumático, en plena Segunda Guerra Mundial, durante el cual vio carros atestados de cadáveres, cuyos miembros asomaban por todas partes; tampoco les importó que estuviera profundamente sola y aterrorizada luego de que su entonces pareja, Max Ernst, fuera recluido en un campo de concentración.

Gracias a una enorme voluntad y a una prodigiosa imaginación, Carrington logró escapar cuando la familia decidió que sería mejor apartarla del mundo y recluirla de por vida en otro asilo, en Sudáfrica. De casualidad se



encontró con un viejo conocido poco antes de emprender el viaje: era Renato Leduc. Se casó con él y así logró huir a México. Tiempo después escribiría *Memorias de abajo*, un breve relato aterrador sobre esta experiencia.

Tanto Merini y Carrington como Kate Millet (1934-2017) coinciden en que los manicomios semejan más bien campos de concentración en los que la gente, de por sí con importantes problemas mentales, es despojada de su tambaleante personalidad y libertad de acción, se la trata como desperdicio humano.

Elena Garro (1916-1998) y Nelly Bly (1864-1922) ingresaron a instituciones de reclusión y narraron de primera mano lo que ocurría dentro. Garro entró a un reformatorio de señoritas en la Ciudad de México, donde la mayoría de las reclusas se encontraba en pobreza y abandono. Muchas de ellas fueron recluidas, principalmente, por delitos contra la moral; no tenían posibilidad de defenderse o de adquirir herramientas para integrarse a la sociedad. Garro observó que dentro se repetían los mismos abusos de poder que afuera, pero acaso con más virulencia, gracias al confinamiento. El siguiente paso natural para estas niñas, si volvían a reincidir, sería La Castañeda, una de las instituciones más siniestras que Porfirio Díaz impulsó como prueba de desarrollo nacional y donde se recluía a la escoria de la sociedad: mendigos, prostitutas, parias y cualquier otra persona indeseable.

Por su parte, Nelly Bly estuvo en el psiquiátrico para mujeres Blackwell's Island, en Nueva York. Es escalofriante descubrir la facilidad con que una mujer fue detenida y encerrada sin realizarle ningún examen ni diagnóstico médico: Bly se hizo pasar por una solitaria muchacha trabajadora y de pocos recursos.

**LEO Y LEO, Y AUNQUE SÉ** que la situación tanto en la medicina como en la psiquiatría ha avanzado, el estigma social es un lastre que persigue como una sombra maligna a quien ha estado confinado, sobre todo si se trata de una mujer. Millet estuvo en manicomios y fue medicada durante largos años con litio, una sustancia que le causó severos daños físicos y morales. Gracias a que conocía las leyes de Estados Unidos evitó que la llevaran sin su consentimiento a un manicomio una vez más, en lo que presentía el encierro definitivo. Aun así, la autora de *Política sexual* narra que la huella social se le quedó grabada en la frente como si portara una enfermedad contagiosa y mortal.

Es un hecho que a las locas no se les escucha, no se les mira, no existen. Alda Merini cuenta en *La loca de la*



Charlotte Mew (1869-1928).

*puerta de al lado* que sus vecinos se burlaban de ella; a pesar de haber obtenido un merecido reconocimiento por sus hermosos libros de poemas, nunca logró adaptarse a la sociedad. Uno de sus médicos le decía que estaba loca por enamorarse a los cuarenta años y ella agregaba, risueña, *qué pensaría ahora de mí, enamorada a mis sesenta*. Luego de una infancia compleja en medio de la Segunda Guerra Mundial y con problemas económicos, una sensibilidad a flor de piel y recién parida, su propio esposo decidió internarla. ¿Será que incluso en las adversidades más crueles, uno tiene la obligación de mantener la cordura o de fingir que la mantiene?

Charlotte Mew (1869-1928) fue una poeta inglesa nacida en una familia venida a menos, con dos hermanos encerrados en hospitales psiquiátricos y una madre que difícilmente se paraba de la cama. Charlotte y su hermana pactaron con sangre jamás casarse, mucho menos tener hijos. A pesar de sus esfuerzos y de una pluma aguda y misteriosa, Mew nunca obtuvo el reconocimiento que merecía. Su vida transcurrió empañada por un compañero implacable: el miedo constante y acechante de perder la cabeza en cualquier momento. En su cuento "La esposa de Mark Stafford" acompañamos a Kate en las vicisitudes para casarse —opción obvia y casi única para una mujer respetable en esa época—, en una serie de indecisiones y dudas que al final desembocan en una muerte misteriosa, aparentemente promovida por ella misma a fuerza de voluntad, con tal de no perder la cordura por completo.

Creo que Mew fantaseó con quitarle la vida de modo suave y sin causarle un daño fatal a su cuerpo, si la fuerza de la locura se apoderaba de su cabeza inquieta. Al final lo hizo a los cincuenta y ocho años; su instrumento fue un frasco del desinfectante Lysol, que se bebió entero.

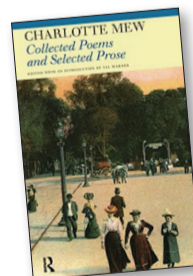
¿Qué hacer con las mujeres histéricas? ¿Cómo sabemos que el nacimiento de la histeria no fue un invento del afamado doctor Jean-Martin Charcot? ¿Por qué resultaba tan normal que, a partir de 1862, en el Hospital Salpêtrière, Charcot declarara la guerra a "la gran enfermedad del siglo"? Resultó una enfermedad muy eficiente para encerrar a las mujeres. Cualquiera podía recibir ese diagnóstico si presentaba irritabilidad, insomnio, infertilidad, exhibicionismo, infelicidad, euforia, desobediencia, impertinencia, reticencia a casarse o engendrar, falta o exceso de apetito sexual, por mencionar algunos.

**CHARLOTTE PERKINS GILMAN** (1860-1935) padeció una terrible depresión postparto, que la mantuvo al filo de la cordura. De ser una mujer que escribía, dibujaba y leía a montones, se convirtió en una especie de parásito luego de seguir las instrucciones de un afamado doctor: no lea, no se esfuerce intelectualmente, trate de pasar el mayor tiempo posible con el bebé, de preferencia no vuelva a tomar un lápiz en su vida. Algo así le dijo y yo agregaría: ni lápiz ni pluma, pincel o libro; no piense, no pregunte, no sea. Es como si sólo la vida doméstica y enclaustrada pudiera otorgar paz a estas mujeres sensibles e inquietas intelectual y socialmente.

Su experiencia está terroríficamente plasmada en el cuento "El tapiz amarillo", de esta también activista y pionera en la lucha a favor de la mujer, autora del libro *Mujeres y economía: Un estudio sobre la relación económica entre hombres y mujeres como factor de la evolución social*.

La escritora neozelandesa Janet Frame (1924-2004) se salvó de la lobotomía porque un día antes de que le practicaran dicho procedimiento, su médico descubrió —al leer el periódico—, que la paciente había ganado un concurso literario. Gracias a ese giro del destino —muy alarmante, porque evidencia que no recibió la atención necesaria desde el inicio— podemos leer libros maravillosos como *Un ángel en mi mesa*, *Rostros en el agua* o *Hacia otro verano*. Cansada de la precariedad en la que vivía y muy comprometida con sus estudios para convertirse en maestra, le confesó a uno de sus asesores que había pensado en quitarse la vida; eso fue todo. Al otro día, dos desconocidos que dijeron pertenecer a la universidad la visitaron y le ofrecieron unos días de *descanso* en un lugar seguro. Frame aceptó, confiada, sin sospechar que ese descanso se convertiría en ocho años de reclusión y que por poco desemboca en una lobotomía. Nunca fue una mujer *adaptada* a la sociedad, vestía de manera peculiar, jamás tocaba su hermosa cabellera, la mantenía alborotada y, una vez en libertad, optó por habitar cuartos de hotel. ¿Habría sido distinta su vida sin el encierro? Seguro, pero ¿de qué manera *distinta*? ¿Qué hace uno con ocho años borrados?

Aunque se suele romantizar la disidencia, sólo quien sobrevive acompañada de la sombra deformada por



“CHARLOTTE MEW NUNCA OBTUVO EL RECONOCIMIENTO QUE MEREÍA. SU VIDA TRANSCURRIÓ EMPAÑADA POR UN COMPAÑERO IMPLACABLE: EL MIEDO CONSTANTE Y ACECHANTE DE PERDER LA CABEZA”.



Esmé Weijun Wang (1983).

el peligro de perder los estribos conoce el infierno. En su reciente libro, *El peligro de estar cuerda*, Rosa Montero aborda la relación entre la enfermedad mental y la creación. ¿Es indispensable la locura para ser artista? ¿Ver más allá de lo cotidiano fomenta la creatividad? ¿La creación destapa abismos insondables? Montero reconoce su propensión al desvarío, narra de manera magnífica la ansiedad que la ha arropado toda la vida y cómo ha sobrevivido a ella. De la mano de artistas que navegaron el mar de la vida siempre a punto del naufragio, profundiza en las preguntas que por un lado atormentan, pero por otro sosiegan. Montero me hace sentir acompañada y es un alivio observar que es compartido el vértigo de saberse *otro. Otra*.

**LA LISTA ES LARGA Y CRECE.** Apenas se publicó *Todas las esquizofrenias*, de Esmé Weijun Wang. El libro, de una solidez envidiable, narra con escalofriante precisión las alucinaciones, la sensación de no estar, de no ser, de no existir. No importa que haya logrado estudiar en la prestigiosa Universidad Yale; de ahí la echaron al enterarse de su enfermedad mental, sin ningún tipo de comprensión o apoyo. La propia familia, con antecedentes de salud mental inestable, negaba constantemente a los familiares que padecieron algún trastorno. Weijung tuvo serias dificultades en hallar el diagnóstico que ella necesitaba con urgencia para entonces partir de algo concreto y no quedarse en las brumas del delirio. Afortunadamente se trata de una mujer privilegiada que tiene acceso a opciones y que gracias a una red de apoyo ha logrado mantenerse funcional, sin que eso signifique que haya vencido la esquizofrenia o que algún día lo haga. No me extraña que haya tomado, junto con su marido, la decisión de no procrear. ¿Quién sabe si los caprichos de la genética podrían jugarles una broma macabra?

Pienso en tantas escritoras fabulosas: Sylvia Plath, Anne Sexton, Alejandra Pizarnik, Christine Lavant, Unica Zürn, Antonia White, Eunice Odio, Hanni Osott, Virginia Woolf, Mary Jane Ward. Algunas de ellas fueron confinadas, se les declaró locas, atormentadas, marginadas. Y me retumba entonces en la cabeza la enorme sentencia de Alda Merini: “La marginación es también un derecho social”. Ser diferentes no siempre, no necesariamente es síntoma de locura. Pero el costo social por la disidencia puede, sin lugar a dudas, desencadenar depresiones, trastornos de la personalidad, identidad vulnerada. La misma autora aseguraba no estar loca, decía que alguien de veras tocado por el halo de la demencia no puede dedicarse a la escritura. ¿Cómo hizo Christine Lavant para escribir *Notas desde un manicomio*?:

No, todo eso es sólo apariencia, como si un cristal impenetrable se posara sobre algo terriblemente valioso. Allí dentro se extasia uno con el otro. Lo sé, lo siento mientras estoy tumbada en la cama con los ojos cerrados. Aquí se producen transformaciones que no están lejos del milagro.

Hace unos días, la escritora Yolanda de la Torre escribió en sus redes sociales:

La locura tiene un orden interno. En eso se parece a toda enfermedad: la mente, como el cuerpo, se reorganiza para mantenerse funcional bajo un esquema distinto al de la salud promedio y a la luz de una lógica íntima, personal, que sólo atañe a quien enferma; de esta manera, un padecimiento, incluso uno mental, no sólo puede ser la base o el detonante de cambios corporales y cognitivos inconscientes que operan como herramientas para la sobrevivencia,

sino de la deconstrucción y reestructuración radical y consciente de la propia visión del mundo. Para mí eso no es resiliencia, es decir, no constituye únicamente la victoria individual del impulso de vida frente a la adversidad o al mero acto, casi pasivo, de recibir la tragedia con buena cara; es algo más hondo, práctico y reflexivo, más poderoso, menos resignado y más rebelde. Y es, definitivamente, un acto público y político. Para mí eso se llama resistencia.

Ocurre que nos identificamos, ocurre que nos leemos y reconocemos un fallo en nuestro lenguaje propio, en la manera en que funciona nuestro razonamiento, en cómo estamos expuestos al mundo y sus vicisitudes con una armadura endeble que muchas veces desaparece y no logra protegernos absolutamente de nada. Las preguntas se ensanchan y profundizan; las respuestas son múltiples y ninguna es definitiva. Sin duda vale la pena el cuestionamiento continuo.

Me alegra tanto como me aterra leer a estas autoras y redescubrirlas cada vez, porque ninguna lectura de la misma obra es idéntica a la primera. Las palabras impresas nunca significan lo mismo, aunque en apariencia permanezcan impasibles sobre el papel. Descubrir el movimiento interno de los textos marea y aturde, pero sobre todo deja una sensación de infinito acompañamiento.

**AL CHAMUCO DE MI INFANCIA** un día lo hallaron muerto en una esquina; tenía el cuerpo y el rostro deformados por los golpes. Nadie investigó, jamás se supo quién fue, la familia no reclamó. La vecina que lo alimentaba colocó, todos los días de su vida, una veladora y una flor en la banqueta en la que fue ultimado. A la otra loca, la de la casa de lámina, la despojaron de su vivienda, como ella siempre temió. Fue un supuesto familiar que, misericordioso, la confinó en una institución pública. En ese terreno arrebatado el tipo construyó su casa de concreto. Mi amiga Salomé, una vez terminada la primaria, montó una improvisada casa de campaña en una esquina del barrio; ahí procuró vivir acompañada por un adolescente triste. Pepenaban y se ofrecían para mandados. Un día desaparecieron y jamás volví a saber de ella. Ninguno de ellos recibió atención para determinar su salud mental, ni tuvieron redes de apoyo que los encaminaran a integrarse a la sociedad.

Se castiga severamente no comprometerse de lleno con el pacto social que suele albergar crueldades, secretos y maltratos. Sospecho que la mayoría de las escritoras sometidas a confinamiento obligatorio no recibió diagnósticos ni tratamientos adecuados. Y aunque lograron sobrevivir, en gran medida, gracias a la escritura, las heridas jamás sanaron del todo.

La locura es un animal complejo, borroso, mutante, neblinoso, fantasmal, caprichoso. ¿Me convertiré algún día en la loca del costal, en un personaje para intimidar a los niños, en la loca de al lado? ☑

“¿VER MÁS ALLÁ DE LO COTIDIANO  
FOMENTA LA CREATIVIDAD?  
¿LA CREACIÓN DESTAPA ABISMOS INSONDABLES?...  
ES UN ALIVIO OBSERVAR QUE ES  
COMPARTIDO EL VÉRTIGO DE SABERSE OTRA”.

Esta historia parece guion de película. De niña, Pamela Meraz Taboada se metía a jugar en una construcción abandonada. Que de hecho nunca ha sido habitada. La estructura del inmueble escapa al tono arquitectónico dominante en la ciudad de Gómez Palacio, Durango. Ahora deduce que quizá este encuentro sea el responsable de que se decidiera por estudiar museología. Más de veinticinco años después, la construcción volvería a presentarse en su horizonte.

Ubicado en la calle Tamaulipas número 471, en la colonia Las Rosas, resulta que ese espacio en desuso es nada menos que el último proyecto del arquitecto Luis Barragán, la Casa Caballero. Una joya a la vista de todos. Que no pasaba desapercibida para los ciudadanos. Pero ignoraban por completo su importancia. Calificada como la obra de un excéntrico.

Esta enorme vivienda se encontraba en obra gris desde que comenzó su edificación en 1984. Es reconocida a la distancia porque uno de sus extremos parece la proa de un barco. Durante mucho tiempo se dijo que fue el último proyecto del arquitecto Luis Barragán, pero no había forma de comprobarlo. Para el mundo de la arquitectura, la Casa Giraldi era de manera oficial el último inmueble diseñado por el arquitecto. Y ahí se cerraba la historia. Sin embargo, esto no es verdad. Faltaba un capítulo. La Casa Caballero y, como descubrió Pamela después, otros más.

**DESPUÉS DE VARIOS AÑOS** fuera del país, Pamela regresó a La Laguna y se propuso legitimar el inmueble. Para esto, llevó a cabo una investigación. El actual dueño de la Casa Caballero, Hassan Mansur, no tenía duda alguna de que se trataba de una obra de Barragán. Pero no contaba con la manera de demostrarlo. Esto se complicaba porque en 1995 el Archivo Barragán fue vendido a Federica Zanco y Rolf Fehlbaum, quienes establecieron la Barragan Foundation en Birsfelden, Suiza. La única posibilidad de consultarlo es de manera personal. Y no cualquiera tiene acceso, aunque sea propietario de una casa Barragán.

La investigación de Pamela descubrió que su historia con la casa iba más allá de la fascinación que le provocaba desde niña. El motivo por el que existe una casa Barragán en Gómez Palacio es que fue construida a petición del líder sindicalista Jesús Ibarra Rayas. Amigo personal de Fidel Velázquez, pidió a éste su intervención para ponerse en contacto con el arquitecto. Originalmente la casa sería habitada por su hija, Ariane Ibarra Taboada y su esposo, Roberto Caballero. Se acostumbraba que los inmuebles llevaran el nombre del patriarca, de ahí proviene su apelativo.

Pamela descubrió una conexión de origen familiar con la casa, que fue diseñada para su tía, pero el motivo más fuerte para protegerla fue su valor patrimonial para la ciudad. Es el único rastro de Barragán en La Laguna. Pero además es el testamento del arquitecto. Que haya ocurrido en Gómez Palacio y no en Ciudad de México o Guadalajara despertaba el celo de los barraganianos para reconocerla. Por eso y porque cuando se comenzó a edificar, Barragán ya se encontraba fuera del despacho de arquitectura. Pero era una asignación especial, como revelaría la investigación de Pamela.

En una retrospectiva sobre Barragán en el Museo Tamayo, Pamela se topó con unos planos de la Casa Caballero. Había pruebas más que contundentes de que era autor de la construcción con la proa de barco en uno de sus extremos. Este hecho requería la atención inmediata de la comunidad cultural y arquitectónica de La Laguna.

Una vez corroborada la autoría, el siguiente paso era conseguir la protección patrimonial del inmueble. Lo que desataría otro proceso. De las normas existentes de protección patrimonial, una por el INBAL y otra por el

INAH, ninguna se acomodaba con las necesidades de la Casa Caballero, por lo que se tuvo que formar un comité municipal para que la alcaldía la declarara como edificio de valor para la comunidad, el 12 de octubre de 2022. Y así se cerró un ciclo.

Para Pamela, el siguiente paso era viajar a Suiza, a fin de visitar el archivo y cotejar los planos. Y despejar todas las dudas. Decidió costearse el viaje por sus propios medios. En una labor más que altruista. En un gesto de amor por el patrimonio histórico de la ciudad. Quizá esta pasión desinteresada fue el motor que le abriría muchas puertas. La suerte le comenzó a sonreír y fue encontrando el camino para culminar su proyecto.

Por esos días apareció una convocatoria y pidió una beca para la investigación. Obtuvo la del PECDA (Programa de Estímulo a la Creación y al Desarrollo Artístico) y así contó con el apoyo institucional. Un obstáculo librado. Sin embargo, la parte más difícil, que atendieran a su solicitud, todavía estaba en veremos.

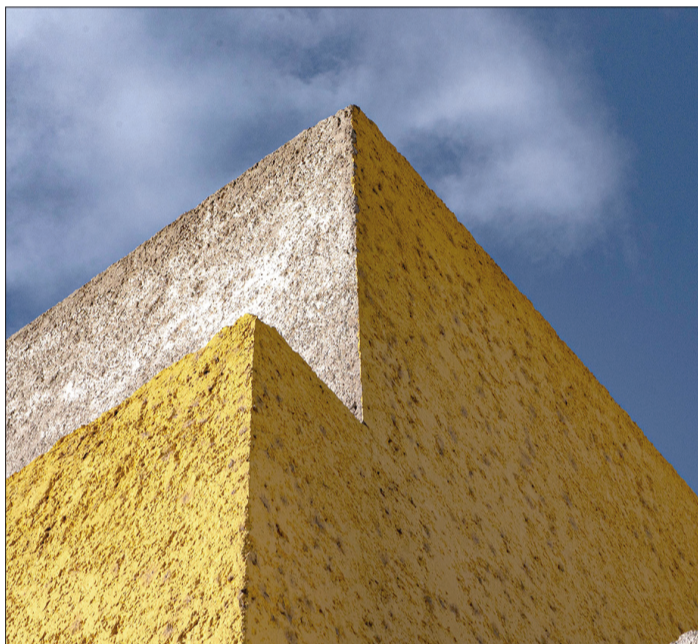


Foto > Adán González © 2023, Barragan Foundation / SOMAAP / ProLitteris, Zürich

**EN 2015, LA ARTISTA ESTADUNIDENSE** Jill Magid, inconforme porque los archivos de Barragán no estuvieran en México y no pudieran ser consultados por los mexicanos, con el apoyo de la familia exhumó los restos de Barragán y conformó con ellos un anillo de diamantes de dos quilates. Lo que causó un gran revuelo internacional. El objetivo de Magid era que los archivos del arquitecto volvieran a nuestro país. A cambio ofreció el anillo a la Barragan Foundation. Pero lo rechazaron. Por tal motivo, desde 2016 la fundación se ha vuelto hermética en extremo respecto al archivo. Y comenzó a desconfiar del mal uso que se le pudiera dar a los archivos. Pero Pamela nunca dudó de la importancia de su labor y continuó con el proceso. La suerte le volvió a sonreír, su solicitud obtuvo el visto bueno y viajó a Suiza en enero de 2022.

Un año antes, el 9 de marzo de 2021, la Barragan Foundation publicó una lista de inmuebles del arquitecto que nadie sabía que eran de su autoría, entre ellos la Casa Caballero. Pamela se entrevistó con el curador de la fundación, Martin Josephy. Y cuál no sería su sorpresa al descubrir que del proyecto que conservaban más documentos era precisamente la Casa Caballero. Lo que cerró otro capítulo.

Desde aquellos primeros contactos de Pamela con la casa hasta el momento ha transcurrido toda una vida, su vida. Además de los años de investigación, el viaje y todas las personas que estuvieron involucradas en su pesquisa de los planos que legitimaran la obra. La misión de Pamela hoy consiste en supervisar, avalada por la Barragan Foundation, que la Casa Caballero se establezca como un museo. Se necesita una inversión aproximada de unos quince millones de pesos. La parte más espinosa del sueño. Que se antoja complicado, pero no imposible. ■

## EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por  
**CARLOS VELÁZQUEZ**

@Charfornication

## LUIS BARRAGÁN EN LA LAGUNA

“LA CASA CABALLERO ES EL ÚNICO RASTRO DE LUIS BARRAGÁN EN LA LAGUNA. ADEMÁS ES EL TESTAMENTO DEL ARQUITECTO”.

## REDES NEURALES

Por  
**JESÚS  
RAMÍREZ-BERMÚDEZ**  
@JRBneuropsi

## EL LIBRO ROJO

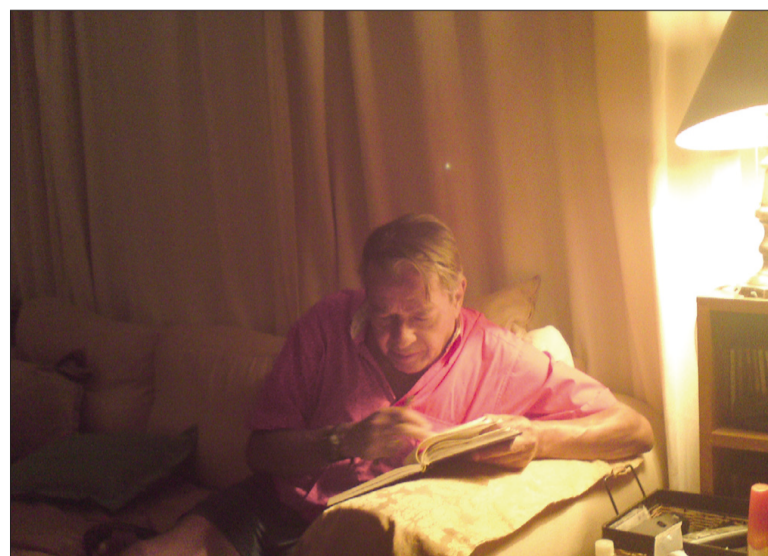
Es de noche, tarde ya. La escena es cotidiana. Una lámpara que ilumina el rostro de José Agustín, mi padre. El escritor sostiene en la mano izquierda un ejemplar de su libro, *Cerca del fuego*. Con la otra mano levanta un cigarro. Vine a conversar un poco para saber más acerca de esta novela, porque el proceso creativo del autor fue como una impronta en el espíritu de la familia. El cabello del autor es blanco. La camisa es roja y detrás hay una cortina alta y pálida, que recrea con sus propios matices esta atmósfera amarillenta, nocturna y cálida, llena de perros, humo, música. Un oleaje de guitarras nos envuelve; es una canción titulada "If I could only remember my name".

El cuarto capítulo de *Cerca del fuego* lleva el mismo título: "Si tan sólo pudiera recordar cómo me llamo", porque el protagonista de la obra (llamémosle Lucio) descubre que no se acuerda de los años recientes. Lucio sufre un caso de amnesia disociativa. Ha olvidado los últimos seis años de su vida. La novela es una obra psicológica que estudia con asombro los detalles de la vida onírica y creativa, y la manera como éstos se entrelazan con la vida cotidiana. En algún sentido parece un caso atípico dentro de la obra de José Agustín, concebida por algunos teóricos de la literatura mexicana —de manera superficial— como una literatura juvenil, lúdica, dedicada a la crítica social. Pero en *La tumba y De perfil*, los personajes están profundamente intrigados por aquello que desconocen de sí mismos, y sus tentativas para construir un sentido de vida coherente revelan una faceta existencial.

Cuando mi padre era un dramaturgo adolescente, su autor preferido era Jean-Paul Sartre. En sus narraciones psicodélicas, los personajes de José Agustín están inmersos en estados alterados de conciencia, porque usan drogas alucinógenas o porque se dejan llevar por pasiones extremas como el erotismo, el humor, o la confrontación ideológica. Para usar las palabras de la filósofa Anna Ciaunica, estos personajes buscan siempre la manera de transformar lo ordinario para explorarse a sí mismos en un modo de ser extraordinario. *Se está haciendo tarde*, *Abolición de la propiedad* y los cuentos de *Inventando que sueño* exploran las formas creativas del *self* extraordinario, en la terminología de Ciaunica. A finales de los años setenta, José Agustín escribió *El rey se acerca a su templo* y construyó una delicada síntesis entre la psicodelia, la reflexión introspectiva, el retrato irónico y realista de la vida contracultural y sus contradicciones.

SI PUDIERA VERME con los ojos de mi padre, miraría a un hombre maduro, en un sofá verde, bajo las pinturas imponentes de Augusto Ramírez. A la derecha hay un retrato del sol. Mi padre se lo compró a su hermano a cambio de un automóvil, un *vocho* que es parte de la mitología familiar. Bajo el humo de los cigarros y el cuadro del sol hay un tomo enorme abierto de par en par. Es *El libro rojo* de Carl Gustav Jung, quien fue el maestro espiritual de mi padre a partir de la era psicodélica.

La filosofía de Jung, plenamente espiritual, declara que el trabajo artístico es liberador porque accedemos a un conocimiento que trasciende la apariencia del mundo cotidiano y nos permite simbolizar las intuiciones poéticas de lo eterno. Jung intentó usar las herramientas del arte para curarse y conocerse a sí mismo: diseñó una técnica a la que nombró "imaginación activa" (una mezcla idiosincrática de meditación, autohipnosis y fantasía creativa), durante una profunda crisis psicológica, en el contexto de la Primera Guerra Mundial. Y se dio a la tarea de representar con imágenes visuales las experiencias recogidas durante el trance de la imaginación activa: así formó *El libro rojo*, un manuscrito secreto encuadernado en piel, escrito entre 1914 y 1930 (aunque permaneció inédito hasta el año 2009, casi medio siglo después de la muerte de Jung).



José Agustín (1944).

Foto &gt; Archivo del autor

La obra narra la transformación alquímica del autor mediante el contacto con dos filósofos imaginarios, Elías y Salomé, que aparecían en la fantasía de Jung durante el trance. Según el psiquiatra, los mensajes de estas figuras interiores transmitían una sabiduría cuyo origen no estaba en su educación intelectual: "Me llevaron al convencimiento de que hay en el alma otras cosas que no hago yo, sino que ocurren por sí mismas y tienen su propia vida".

AL IGUAL QUE FREUD, Jung creía que los materiales simbólicos del arte, el sueño y la mitología eran una forma de intermediación entre la conciencia narrativa y la psique inconsciente, pero ambos diferían radicalmente en su posición hermenéutica. Siguiendo el esquema de Paul Ricoeur, la actitud de Freud frente al símbolo es de sospecha, porque el sentido oculto, en su visión, está dado por un contenido sexual transgresor que es reprimido por el peso de una ley colectiva, internalizada por cada sujeto. Jung procede mediante una hermenéutica de la fe: en su visión, el símbolo es una ventana a lo sagrado. Aunque los guiones conceptuales de Jung y Freud son muy distintos, ambos coinciden en que el autoconocimiento es problemático, porque revela aspectos de nuestra personalidad que quisiéramos mantener en secreto. Pero el proceso es necesario, según ambos, porque la ignorancia de sí aumenta la tensión psicológica del individuo y conduce al sufrimiento propio y ajeno.

El recorrido simbólico de *El libro rojo* nos da claves para entender el intrincado laberinto que creó mi padre en *Cerca del fuego*. La novela es una inmersión radical en la memoria: el autor busca un sentido de familiaridad definitivo, consigo mismo y con la fuente de la vida, que está adentro de sí y en el mundo que lo rodea. La necesidad de recrearse mediante la literatura sucede cuando el autor siente en lo más íntimo de sí los efectos calcinantes de un conflicto que amenaza con desintegrarlo: los enemigos ocultos adoptan la forma de pesadillas y visiones lúcidas, aunque aterradoras. La novela nos muestra que este conflicto no es meramente intrapsíquico: se ha gestado en una historia colectiva de violencia y jerarquías opresivas, institucionalizadas. Son las décadas de supervivencia en una sociedad cansada de imprimir con cinismo los ideales y la propaganda de la Revolución Mexicana. Esa misma sociedad, y no otra, es la que encarceló a mi padre en el Palacio de Lecumberri.

*Cerca del fuego* es una obra realista, que contiene el *smog* y el bullicio anónimo de la Ciudad de México, las historias del metro y los enredos de los vendedores ambulantes. Pero se trata de un realismo surrealista: nos comparte esos pedazos del alma nocturna que flota entre las imágenes fabricadas por el cerebro para simbolizar el presente. Y también es una novela psicopatológica, espiritual. Contiene en sus páginas la tensión creativa de la dualidad casi irreconciliable entre la espiritualidad y la fragmentación psíquica. ■

“EL RECORRIDO  
SIMBÓLICO DE *EL  
LIBRO ROJO* NOS  
DA CLAVES PARA  
ENTENDER EL  
LABERINTO QUE  
CREÓ MI PADRE  
EN *CERCA  
DEL FUEGO*”.